

AUTOFICCIONES

PUNTO DE VISTA EDITORES

SERGIO BLANCO

AUTOFICCIONES

ÓMNIBUS TEATRO, 2



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección ÓmnibusTeatro SERIE OBRAS, 2

© Sergio Blanco, 2018, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre, 2018

Segunda edición: noviembre, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Director de la colección: Felipe Díez

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

ISBN: 978-84-16876-52-5

IBIC: DD, ANB

Depósito legal: M-28060-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Sumario

PRÓLOGO

Yo no soy yo 9

OBRAS

Kassandra 19

Tebas Land 45

Ostia 149

La ira de Narciso 217

El bramido de Düsseldorf 271

Cartografía de una desaparición 337

Prólogo

YO NO SOY YO

Mi arte es una ficción real,
no es mi vida, pero tampoco es mentira.

SOPHIE CALLE

El término *autoficción* es un neologismo acuñado en los años 70 por Serge Doubrovsky para designar su novela *Fils*. El término, que está compuesto del prefijo *auto-* (de o por sí mismo) y de *ficción* (falso, mentira, invención), se refiere a un género literario que se define por la asociación de elementos autobiográficos y de elementos ficcionales. Serge Doubrovsky dice: «La autoficción es una ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales». Es importante destacar que, si bien el término es acuñado por Serge Doubrovsky en 1977, el concepto existía desde mucho antes. Lo que va a hacer Doubrovsky al inventarle un término a este género, es decir, al bautizarlo, es empezar a organizar un pensamiento que pueda problematizar y teorizar esta práctica literaria. Como explicita Manuel Alberca, uno de los principales estudiosos del tema: «hasta que Doubrovsky no lo formuló, no se había tenido conciencia teórica ni genérica de la especificidad de este tipo de relatos olvidados, rechazados, incomprensibles e inclasificables por su forma contradictoria».

Mi pieza *El bramido de Düsseldorf* se abre con una *Captatio* en la cual uno de los personajes propone la mejor definición que hasta el momento se me ha ocurrido de la autoficción:

SOLEDAD FRUGONE: Sergio es un dramaturgo que vive en París y que desde hace años escribe obras como estas que son autoficciones. Él las define como un cruce entre relatos reales y relatos ficticios. Muy seguido, Sergio dice que la autoficción es el lado oscuro de la autobiografía y que ahí en donde hay un pacto de verdad, como es el caso de la autobiografía, en la autoficción hay un pacto de mentira. [...] En varias de sus conferencias en donde habla de la autoficción, muchas veces le escuché decir esto que creo que es algo que define a Sergio: «No escribo sobre mí porque me quiera a mí mismo, sino porque quiero que me quieran».

De este intento de definición que creo que es generoso, amable y esclarecedor, como debe ser todo lo que figura en una *Captatio*, se desprenden tres aspectos fundamentales de la autoficción.

El primer aspecto es esta noción de intersección, de encrucijada, de confluencia entre lo real y lo que no lo es. De hecho, en los últimos años me he acostumbrado a definir rápidamente la autoficción como el *cruce* entre un relato real de la vida del autor, es decir, una experiencia vivida por este, y un relato ficticio, una experiencia inventada por este. Y lo interesante es que la autoficción no es ni una cosa ni la otra, sino la unión de las dos al mismo tiempo. Eso es lo que la vuelve fascinante. No estamos ante la disyuntiva de «ser o no ser», sino ante la certeza de «ser y no ser» a un mismo tiempo. Esto último es lo que hace que la autoficción proponga cuestionarse todo el tiempo sobre el vínculo entre lo que es verdadero y lo que es falso, es decir, el famoso tema de la frontera entre lo real y lo no real que siempre ha habitado el mundo del arte desde Sócrates hasta nuestros días. La autoficción, al cruzar la verdad y la mentira fundiéndolas en un solo relato, toca la raíz epistemológica del arte: el asunto de la convivencia entre lo real y lo que no lo es, el tema del mundo y su representación. Con las palabras lúcidas y filosas que siempre lo caracterizaron, el dramaturgo británico Harold Pinter arriesgó una vez la siguiente idea: «No hay distinción firme entre lo real y lo irreal; ni entre lo verdadero y lo falso. Una cosa no es necesariamente verdadera o falsa, sino que puede ser ambas: verdadera y falsa». A su manera, estaba definiendo la autoficción.

El segundo aspecto que se desprende de esta definición es lo que he designado con el nombre de *pacto de mentira* y que es lo que separa y aleja la autoficción de la autobiografía. Esta fórmula de *pacto de mentira* es algo que he inventado como respuesta a la noción del *pacto de verdad* del cual habla el mayor estudioso de la autobiografía, Philippe Lejeune, quien en 1975 afirma en su célebre libro *El pacto autobiográfico* que en toda autobiografía debe haber un *pacto de verdad* que el autor establece entre él y su lector. Fue estudiando este pacto de verdad como una tarde se me ocurrió pensar que finalmente en la autoficción, por oposición a la autobiografía, hay un *pacto de mentira*. Es en este sentido que me gusta afirmar que la autoficción de alguna manera es el lado oscuro —u oculto— de la autobiografía: allí donde

la autobiografía pacta fidelidad y lealtad a la verdad, la autoficción jura infidelidad y deslealtad al documento. Si hay algo que es cautivador en la aventura autoficcional es ese desprendimiento de la realidad, de la veracidad y de la exactitud, ya que, allí donde una autobiografía atestigua y certifica, la autoficción desatestigua y descertifica. Experiencia suprema de lo *ilegítimo*, es eso la autoficción y, por eso mismo, es un territorio tentador en donde no hay ni ley ni moral. Si hay algo que puedo asegurar a la hora de definir la autoficción es que es por excelencia una experiencia *amoral*.

El tercer aspecto que resalta esta definición, al confesar la necesidad de ser querido por los demás, es la urgencia que tiene toda autoficción por encontrar al otro o a los otros. Y este no es un detalle menor: la autoficción no es un encierro ególatra en sí mismo, como erradamente suele creerse, sino que es, por el contrario, un camino de apertura a los demás. Si bien la empresa autoficcional surge de un yo, de una vivencia en *primera persona*, de una experiencia personal —dolor profundo o felicidad suprema—, siempre va a partir de ese yo para ir más allá de ese sí mismo, es decir, para poder ir hacia un *otro*. De esta forma, la autoficción propondrá siempre ese juego ambiguo, difuso y equívoco entre el *uno* y el *otro*, entre el *yo* y la *alteridad*. En esta búsqueda del amor del otro, es claro que el objetivo de la producción autoficcional no es enclaustrarse o recluirse en sí mismo, sino, por el contrario, ir hacia *otro*: intentar alcanzar en un movimiento de apertura *ese otro que no soy yo*.

Hoy en día, ante la amenaza cada vez mayor de esta *desubjetivación* dirigida por las nuevas economías de mercado y que conduce a los autoritarismos políticos, a los integrismos religiosos y a los comunitarismos sociales que finalmente prohíben y sancionan toda forma de expresión individual —oponiéndose así al *proceso de personalización* del que habla Lipovetsky y a la *cultura de sí mismo* del que habla Foucault—, la autoficción surge con fuerza como una alternativa artística que busca resistir a esta intimidación *desubjetivadora*. En este comienzo del siglo *xxi*, la autoficción se activa como una forma de resistir a este *individualismo totalizador* que termina formateando comportamientos y conductas aberrantes, para volver así a *relatos autofccionales* que aspiren a una palabra singular, libre, autónoma e independiente. Una palabra ajena a los mercados, los misiles y las

modas. Una palabra que se busca y que busca. Una palabra que se abre a los espacios interiores de retrospectión y reflexión. Una palabra que duda. Que tiembla. Que piensa. Una palabra que sobre todo *se* piensa.

Es posible afirmar que la autoficción vuelve así hoy en día a la escena literaria con una gran vitalidad para reafirmar la máxima rimbaudiana de que al fin de cuentas «*Je est un autre / Yo es otro*», ya que, como sostiene Paul Ricoeur, «el camino de sí mismo pasa por los otros». En este momento desolador que estamos viviendo, la autoficción se presenta como un emprendimiento claramente político. Dedicarse a la autoficción es mucho más que dedicarse a un género literario, es entregarse de lleno a una forma extraordinaria de resistencia, es apostar por una construcción del *yo* en tanto que sujeto libre capaz de emanciparse frente a la hegemonía peligrosa de las economías autoritarias de mercado, frente a la homogenización destructora de la cultura de masas y frente a la supremacía amenazante de lo real. La autoficción se inscribe así en un proyecto político de edificación de un *yo emancipado* que busca desesperadamente a los demás. Y tomar conciencia de que la autoficción es una búsqueda del otro es lo que me permite no solo conferirle un carácter político, sino también dejar bien claro que, contrariamente a lo que suele creerse, la autoficción es un acto mucho más modesto de lo que se piensa, ya que, como afirmaba Jean-Luc Godard, «para hablar de los otros hay que tener la modestia y la honestidad de hablar de uno mismo».

Siempre insisto en que mis autoficciones no se celebran a sí mismas en una promoción del *yo*, sino que, por el contrario, son simplemente un intento de comprenderme como una forma de comprender a los demás. Todas mis autoficciones fueron escritas no tanto para exponerme, sino para buscarme. Todas ellas están escritas a partir de un *yo* que busca en la escritura una posibilidad de encontrarse a sí mismo para, de esta forma, encontrar a los *otros*.

Es por medio de esta escritura del *yo*, he hallado esta posibilidad de decirme, es decir, esta posibilidad de construir mi relato y de esta manera poder dar con los demás. No dejo de repetirlo: escribo sobre mí porque estoy solo y necesito dar con los otros. Escribo sobre mí porque quiero tratar de comprenderme y de comprender a los demás. Escribo sobre mí y lo hago proyectándome en situaciones imaginarias como una forma de intentar descifrar el mundo.

En los últimos años, me he encontrado en varias ocasiones en la obligación de defender en público las razones por las cuales trabajo la autoficción. Estas situaciones, por muy violentas o agresivas que hayan podido ser —en algunos casos, han llegado incluso a tratarme de narcisista, ególatra o egoísta—, me han permitido no solo entrenarme en el ejercicio de la respuesta y el argumento, sino que me han permitido también estudiar, reflexionar y profundizar en este arte de narrarse a sí mismo. Muchas veces, cuando veo que mis interlocutores se muestran un poco ofensivos —mi experiencia me permite asegurar que hablar de sí irrita y crispera—, cito una frase hermosa de Montaigne que dice así: «Si el mundo se queja de que yo hablo demasiado de mí mismo, yo me quejo porque él ni siquiera piensa en sí mismo».

Quisiera terminar este ensayo afirmando algo que he repetido en varias oportunidades: ninguna de mis autoficciones me plebiscita o me promueve, sino que, por el contrario, a menudo son un testimonio de vulnerabilidad y de fragilidad. Por medio de ellas, trato de que en mi historia pueda encontrar las historias de los demás y de esta forma sentirme menos solo. Por otra parte, narrarse, contarse, relatarse no es un acto de amor propio, sino que, por el contrario, consiste en tratar de hacerse querer. Es algo muy simple: no escribo porque me quiera a mí mismo, sino porque quiero que me quieran. ¿Por qué irrita tanto que alguien busque ser querido? ¿Puede haber acto menos arrogante que necesitar el amor de los demás?

La autoficción no está para embellecer nada, sino todo lo contrario. De ahí que todas las acusaciones de egocentrismo, individualismo, egolatría, soberbia, autosuficiencia, etc., no hagan más que demostrar un profundo desconocimiento no solo teórico-técnico-literario del género, sino sobre todo un gran desconocimiento sensible de lo que es el gesto mismo de la autoficción.

Es por medio de la autoficción como voy así inventándome una nueva vida: un nuevo relato. La escritura autoficcional es de alguna manera un proyecto vital que poco a poco voy siguiendo y al que voy obedeciendo. Es por ello que mis personajes no son una copia de mí, sino que, por el contrario, soy yo quien empiezo a ser una copia de ellos: no son ellos quienes se parecen a mí, sino que soy yo quien trato de parecerme a ellos cada vez más.

La autoficción no solo me va inventando, sino que me va corrigiendo, alterando, mejorando y, a veces, empeorando, construyéndome en un juego de construcciones infinitas. Finalmente, se trata en realidad de una verdadera ingeniería del *yo*. Y esta es la manera que he encontrado de poder intervenir en mi vida. Porque no es posible que seamos relatados solamente por el paso del tiempo o los dictámenes de la sociedad de turno que nos ha tocado vivir, tiene que ser posible que seamos capaces de relatarnos nosotros mismos a nosotros mismos. Eso es lo que intento, y la autoficción es la única forma que he encontrado de poder hacerlo: es ella quien poco a poco me va inventando.

A fin de cuentas, no soy yo el patrón de mis autoficciones, sino que son mis autoficciones los patrones literarios que trato de seguir lo más que puedo *al pie de la letra*. Y al igual que el Quijote sigue las novelas de caballería, que Julien Sorel sigue los relatos napoleónicos y que Madame Bovary sigue las revistas rosas, yo sigo mis propios relatos.

Finalmente, no soy yo quien escribe, sino que es mi escritura la que me escribe a mí. Y esta es mi forma de resistencia: ser un personaje de ficción que se escribe a sí mismo como acto de sobrevivencia. De esta manera, mis autoficciones me permiten reivindicar una de las máximas más sancionadas, penalizadas y castigadas, poder decir tranquilamente: *yo no soy yo*.